

rrada, a través de un conjunto de documentos privados, diarios y cartas de Stein. Y que el interés de la obra se funda en esas gotas fuertes de espíritu, sin declaraciones, como presencias, testimonio de una escritora digna de la mayor consideración, por primera vez en castellano.

ALFREDO LEFEBVRE

<https://doi.org/10.29393/At407-24CMVM10024>

*Canciones para que el mar juegue con nosotros*, de ANDRÉS SABELLA. Editorial Universitaria. Santiago, 1965

Los poetas viven intuiciones maravillosas que subyacen encantadas en la urdimbre de los versos. Llegar a construir una metáfora es fácil. Sugerir sus valores, convertirla en finísima alusión, es bastante complicado.

Cuando el poeta procede así, sus palabras tiemblan en la estrofa, como esos duendes que pueden ser el acento de la palabra río, como las sirenas que cedieron al mar sus ojos y que ahora son las cuentas de un collar salobre y fabuloso.

El reciente libro de Andrés Sabella tiene purezas de estilo, diríase reducido a lo esencial, sin aditamentos explicativos, sin juegos metafóricos cuya génesis fue elaborada por la sola voluntad del oficio poético.

Hay en estos poemas un acendrado lirismo. Frente a la realidad, Andrés Sabella vive deslumbramientos; pero sin perder el asidero concreto. Porque en definitiva, la poesía lírica, la que tal nombre merece, tiene una base y una motivación concretas, reales, aunque esa realidad sea producto de una acuciosa sensibilidad.

Como bella ilustración de un cuento selvático, escribe: "El río quede como pulsera / de la palmera; / y entre las patas de un elefante / la luna cante".

Dice en una caricatura iluminada: "Yo soy el juglar / en cuyas pestañas / se desnuda el mar".

Los duendes son tan reales que la ciencia del lenguaje les dio categoría de seres concretos. En los desvanes de la imaginación tienen su alcázar. Salen desde allí para comunicar sus diabluras a los poetas. Cuando renacen en la trama de un poema, inventan radiogramas dirigidos a los niños y a las personas adultas. He ahí su gracia, su derecho a la inmortalidad.

Andrés Sabella, en su poema titulado "De cómo aprendí a dar de comer a los relojes", nos muestra lo que puede hacer y pensar un duende: "Tal vez / soy el acento de la palabra río" "¡Dulce de mano / a los hombres coloco / en las sienas / un pensamiento loco / de volantines y de trenes!".

La fantasía, empapada de auras legendarias, se desborda en los recuentos anímicos de un marino: "Dormido, visité los talleres donde la mar fabrica sus collares con los ojos de las sirenas muertas".

Andrés Sabella sabe que en todo hombre "perdura la imagen del niño que fue antaño". Su poesía, seria y trascendente, se hace sutil en anhelos de pureza. Dos de sus buenos libros anteriores se titulan "Vecindario de palomas" y "El caballo en mi mano". Y ahora, estas "Canciones para que el mar

juegue con nosotros" se hacen livianas, transparentes, limpias de toda escoria, con ese temblor sensitivo que tienen las esencias.

Escribir un libro de esta densidad estética no es tarea de todos los días.

*Frutos del país*, de JULIO BARRENECHEA,  
Editora Zig-Zag. 1965

El autor, excelente poeta, Premio Nacional de Literatura, para justificar el tono y sesgo de sus "Memorias", estampa unos conceptos que no dejan de tener un sentido irónico: "El memorialista cuenta vagamente las cosas que ha visto. El historiador relata con exactitud lo que no ha visto. El primero transmite verdades difuminadas. El segundo comunica mentiras precisas".

Teniendo en cuenta la índole de su reciente libro, no es oportuno detenerse a formular juicios contradictorios o de aprobación.

*Frutos del país* es un libro que se ha de tomar en su realidad y contextura literaria.

Su posible autobiografía se inicia antes del nacimiento, tal como ideara alguna vez Ramón Gómez de la Serna.

Discurre esa línea vital entre datos concretos y fugas de ingenio. Esos toques salvan muchas veces la intención del autor.

Se refiere al tema de los temblores: "Cualquier día el cerro revienta y nosotros creeremos que se trata del cañonazo del Santa Lucía".

Comenta el espíritu travieso y socarrón de algunos individuos, situándolos en momentos que alguien diría trascendentes: "—¿Pero cómo puede andar vestido así hoy día, no sabe que Jesucristo está muerto?" "Y el audaz político respondió, acercándose confidencialmente al oído de su interlocutor: —Sí, pero yo sé el secreto; va a resucitar".

Las muestras de humor cabalgan en los párrafos. De vez en cuando suenan como chispazos. Tal vez dibujan esperpentos. Con ellas podría formarse un sucinto compendio de poético ingenio. Veamos algunas flores.

"La palabra padrino con respecto a padre suena como potrillo con respecto a potro". "Don Agustín Nieto Caballero, hombre que es elegante y fino hasta cuando tiene hipo..." "El traje ladrillo se me puso rojo, y los guantes pato se me quisieron lanzar al agua". "No olvido un matrimonio de enanos en que ambos novios parecía que iban perdidos entre la concurrencia, y de repente el uno o el otro aparecían entre las piernas de algunos de los invitados".

Julio Barrenechea nos muestra un jirón de la historia chilena, vista e interpretada a su manera.

De las múltiples anécdotas recogidas, se desprende un rumor de gracia, una manera de situarse frente a las circunstancias. Los hombres están cazados en sus gestos más significativos. Y entre la "memoria" marginal y la verdadera "historia" se tienden los puentes, flexibles, seguros, peligrosos. Resultado de